

Escenarios para la creatividad política. Proyectos juveniles en el Barrio de San Francisco (Bilbao)

Apoyándose en varios trabajos de investigación llevados a cabo en el distrito de San Francisco en Bilbao, un barrio atravesado por profundos procesos de transformación urbana, el artículo analiza algunos escenarios donde grupos de jóvenes desarrollan proyectos sociales y políticos altamente creativos. El texto trabaja con la hipótesis de que son las especiales condiciones del contexto (un barrio en transformación y en disputa) las que posibilitan la emergencia de proyectos que contienen el germen de nuevas formas de construir política, identidad y sentido.

Palabras clave: escenarios de socialidad; creatividad política.

Introducción socialidad, política y juventud en zonas urbanas en transformación ⁽¹⁾

Este trabajo pretende abordar la emergencia de nuevas formas de socialidad juvenil en contextos urbanos en transformación, formas de socialidad que se traducen, desde nuestro punto de vista, en representaciones de una *creatividad política* intensa que se materializa en proyectos colectivos cuyas condiciones de posibilidad se esconden en el hecho de que se desarrollan en lugares caracterizados por fuertes procesos de redefinición espacial y social.

El carácter *político* de esta transformación pasa por atender al sustantivo (“política”) bajo una triple óptica: como un ejercicio de política urbana a través de la denominada “revitalización”, como un ejercicio de política poblacional a través de la gentrificación (2) y como un ejercicio de creatividad social que evidencia la crisis contemporánea de las instituciones. Es en ésta última en la que nos detendremos, en la *creatividad política*, que queda objetivada en proyectos colectivos de carácter diverso protagonizados por jóvenes en el barrio de San Francisco, en Bilbao, el lugar donde estas nuevas formas se plasman.

La cuestión de la *socialidad* nos sitúa ante un concepto resbaladizo, polisémico. Se ha entendido frecuentemente como una actividad social que se agota en la pura relación sin buscar objetivos externos a la propia relación; una relación social de escasas o nulas consecuencias políticas; una relación (aún) no institucionalizada. Por distintas que parezcan, estas definiciones coinciden, no obstante, en un punto: *la perplejidad que genera lo social cuando está huérfano de los rasgos que durante largo tiempo los sociólogos presumimos que le eran necesarios*. Bien al contrario, en el contexto de este trabajo, socialidad hace referencia no sólo a lo que sucede —es la perspectiva en negativo— cuando está *ausente* lo que hemos

(1)
 Este trabajo parte del desarrollo del proyecto “Socialidad, movilización y participación en la sociedad española: nuevas formas de construcción social de la identidad y el sentido” y contó con la financiación de la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT, Proyecto de investigación (SEC 1999-0372). Se desarrolló entre 1999 y 2003 en Madrid, Valencia y Bilbao por un equipo dirigido por Alfonso Pérez-Agote y compuesto por: Antonio Ariño, Josepa Cucó (Valencia); Benjamín Tejerina, Silvia Rodríguez, Elsa Santamaría y los que firman este texto (Bilbao); M^a Jesús Funes (Madrid).

entendido por sociedad, sino sobre todo —es la que se erige en positivo— a aquello que ocurre cuando la vida social está *emergiendo*.

En lo que refiere a la *condición* juvenil de los agentes cuya acción analizaremos, no puede obviarse que, en la indefinición y potencialidad que provee el concepto genérico de juventud, las actividades juveniles se dirigen hacia múltiples caminos. Uno de esos caminos encuentra cobijo en las viejas instituciones, propiciando giros generacionales hacia la repolitización (tal es el caso de aquellas actividades que se vinculan a la movilización social); otro camino apunta a la flexión hacia la transformación generacional y espacial, favorecido en este caso por la categoría social de juventud y un espacio urbano como San Francisco en permanente transformación.

Todo esto cuaja en el barrio, que ofrece un espectáculo fascinante para acometer el análisis de esta socialidad juvenil emergente. Es un territorio aún por definir, ordenado, a lo sumo, en torno a redes de relaciones que no apuntan, si no es forzándolas, a proceso de institucionalización alguno; San Francisco es, como trataremos de mostrar a continuación, un buen lugar para indagar en la hipótesis del reencantamiento de la vida social y da pie, además, a hacerlo sin recurrir a las lógicas tradicionales de construcción del sentido. En tanto que *espacio de posibles*, el Barrio de San Francisco es un lugar trufado de situaciones que cuajan sin apuntar en ningún caso a formas sociales o cristalizaciones institucionales “clásicas” que la sociología, con más frecuencia de la debida, ha presupuesto que caracterizan su objeto.

Es en ese punto donde arranca nuestra propuesta, el concepto de socialidad juvenil entendiendo, como hemos señalado anteriormente, *lo que sucede cuando de la vida social están ausentes los rasgos que los sociólogos presumimos que le son inherentes*: instituciones, espacios políticamente connotados, movilización social... Para abordar esta preocupación, hemos buscado conceptos atentos tanto a lo que pasa cuando la *vida social seria* decae, cuanto a lo que sucede cuando emerge algo nuevo, como consecuencia del despliegue de la acción de los jóvenes en el espacio social. El resultado de ese trabajo son cuatro *escenarios de análisis* contruidos con la intención no tanto de establecer una correspondencia con lo empírico sino de disponer de un marco de referencia en el que se combinen, en dosis variables, los siguientes ingredientes: la crisis de los vínculos tradicionales y las nuevas solidaridades juveniles; los espacios asociados o no a los vínculos tradicionales; el carácter permanente o efímero de las relaciones sociales entre la juventud.

1. El barrio de San Francisco: la transformación urbana y el proceso de gentrificación como pretextos de nuevas formas de socialidad y de política

Desde fines de los años 70 el área metropolitana de Bilbao comienza a experimentar un declive económico que es consecuencia de la depresión en la actividad industrial, actividad que en décadas pasadas había determinado el tipo de urbanización y conformación socio-espacial de la ciudad. Este declive incide notablemente en aspectos como la renta, la población y el empleo. La reestructuración económica que sigue a este período de declive traerá consigo, sobre todo a partir de las décadas de los años 80 y 90, cambios profundos en el mercado de trabajo, un espectacular aumento del paro, el desarrollo de la economía informal, la profunda transformación de la estructura ocupacional (debido al aumento de técnicos y la reducción de

(2)
Gentrificación: Proceso de rehabilitación de un área urbana degradada, generalmente mediante la llegada de personas con un mayor status socio-económico. También se conoce como elitización o aburguesamiento. El guión de este trabajo parte de una puesta en contexto de la investigación que quiere ir más allá de no pocas incursiones que por el barrio de San Francisco ha hecho cierta sociología preocupada por detectar, indagar y solucionar *problemas sociales*. Se trata, asimismo, de acometer el análisis de la transformación que está sufriendo el barrio desde una lectura no lineal del concepto de *gentrificación*: no tanto como proceso de cambio, cuanto desde la perspectiva de las relaciones sociales que ese proceso pone en marcha. Así pues, a “gentrificación” sólo se acude en este texto entendiendo que tal noción puede servirnos para dar cuenta de cómo las transformaciones urbanas son siempre condición de posibilidad de la emergencia de nuevas relaciones sociales.

trabajadores industriales), nuevas modalidades de contratación y la desestructuración espacial de la red industrial debido al cierre de varias de ellas (Rodríguez, 1998).

Estos procesos económicos van acompañados asimismo de ciertas transformaciones urbanas asociadas, por un lado, al ordenamiento y al valor del suelo, y, por otro, a la suburbanización y la proliferación de nuevos espacios residenciales, procesos que pretenden contrarrestar la situación de declive mediante políticas de reordenamiento urbano.

Así, la principal consecuencia del proceso de revitalización de Bilbao es la recuperación de espacios urbanos industriales y la creación de nuevos ejes de centralidad urbana, mediante la construcción de amplias áreas de ocio institucionalizado (de entre los cuales destacan los museos) y la terciarización especializada.

Por otro lado, al ejercicio político de regeneración urbanística de Bilbao le ha secundado un proceso de intervención en barrios caracterizados por altas tasas de "marginalidad" relacionada con la drogadicción, la prostitución y la inmigración. Es el caso de San Francisco, uno de los barrios más antiguos de la Villa de Bilbao, ubicado a un costado de las líneas del tren de la Estación del Norte, en una de las zonas centrales de la ciudad.

San Francisco es la zona de mayor concentración poblacional de la ciudad. Cuenta con un total de 14.500 habitantes que corresponde al 4,1% de la población bilbaína y que ocupa el 1,43% de la superficie (datos para el año 2003), siendo su densidad cuatro veces superior a la del resto de Bilbao. El 13% de la población se ha instalado en el barrio en los últimos cuatro años. Su crecimiento vegetativo era, hasta el año 2000, muy inferior respecto de otros barrios de la ciudad a causa de la elevada tasa de personas de edad avanzada (30% del total). Sin embargo, este indicador ha cambiado en los últimos años incrementándose notablemente el peso de población joven (así la población menor de 30 años constituye el 30% de la población total y la población mayor de 60 años ha descendido al 27% (3)). Por otra parte, San Francisco cuenta además con un importante contingente de población inmigrante (casi el 10% de la población mayor de 16 años).

En cuanto a su estructura económica, es una zona caracterizada por una alta tasa de paro (17,8% en 2004), además de por un deterioro estructural en los equipamientos urbanísticos. La actividad económica de la zona recae fundamentalmente en el sector servicios, en el que destacan la hostelería (que ocupa un 58,3 % del total de los establecimientos, triplicando el porcentaje que los locales hosteleros suponen en Bilbao) y el pequeño comercio. La estructura comercial de la zona parece estar debilitándose debido al alto número de comercios cerrados en la actualidad (4), si bien se produce paralelamente una gran rotación en la dedicación temática de los locales e incluso en su propiedad. Los negocios tienen una actividad diferente del resto de la ciudad con menor peso en la venta de productos tradicionales y mayor en bazares, tiendas "étnicas" y otros similares.

En este sentido es de especial interés la actividad desarrollada por los sectores juveniles, que oscilan entre localizaciones destinadas a la organización y movilización social más clásica y las planteadas por nuevos proyectos político-culturales y de ocio. A este respecto hemos de citar el amplio abanico de iniciativas (5) empresariales y creativas que aparecen en el barrio, algunas de las cuales tienen que ver con el arte, la cultura, la

(3)
Datos extraídos de "Bilbao en cifras 2003" Ayuntamiento de Bilbao y Eustat 2000.

(4)
Datos extraídos del "Plan Especial de Bilbao La Vieja, San Francisco y Zabala 2005-2009" realizado en diciembre 2004.

(5)
Sobre algunas de las iniciativas juveniles surgidas en los últimos tiempos puede verse el DVD editado por Selección Lab en el que se presentan distintos proyectos que toman diversas formas, algunos de los cuales se ubican físicamente en la zona de San Francisco.

publicidad, la moda; pero también con la reivindicación político-social de distintos colectivos (gays/lesbianas, okupas, hackers); y con el propio deseo de socialidad recogido en distintas formas de ocio.

Semejante panorama permite pensar que asistimos en el barrio de San Francisco a un doble proceso: de una parte, un proceso de *depauperación*, pues es éste el espacio que, en Bilbao, recibe a la inmensa mayoría del contingente de emigrantes y donde se recogen los índices más elevados de pobreza; de otra parte, un proceso de *rehabilitación*, pues el barrio ha acogido a un importante contingente de población de nivel adquisitivo y cultural medio-alto acompañado de un aumento de las inversiones en la rehabilitación urbanística del barrio, además de una notable proliferación de iniciativas empresariales y culturales.

Podríamos por ello acogernos a la socorrida hipótesis de que este área de Bilbao está pasando por un proceso de *gentrificación* (6), término mediante el cual la sociología urbana designa los cambios que se producen en barrios con fuertes marcas de marginalidad cuando son inundados por población procedente de sectores sociales más favorecidos: mayores ingresos, mayor nivel educativo, en definitiva, mayor capital social.

Ahora bien, es dudoso que este concepto sirva para describir “todo” lo que sucede actualmente en San Francisco, aunque podamos convenir que a largo plazo sea presumible que esta tendencia termine por confirmarse; aunque podamos pensar que, en consecuencia, el futuro deparará un fuerte desplazamiento de los grupos sociales originarios de esos espacios y su reemplazo por otros de un nivel adquisitivo más elevado (7). A pesar de la defensa que algunos autores hacen de este diagnóstico (8), vista la evolución del barrio de San Francisco no es menos cierto que, en la actualidad, más que a la sustitución de una situación de depauperación por otra caracterizada por la plena gentrificación asistimos a un *periodo de transición* en el que la confusión de ambas tendencias da lugar a un panorama más complejo.

Para el análisis de este panorama hemos de echar mano de otro arsenal teórico menos pegado a un análisis extensivo o estructural, y más sensible a una lectura cualitativa e intensiva de lo urbano como nicho de creatividad. Así, al objeto de comprender la lógica que estructura las relaciones sociales de la juventud en el barrio de San Francisco, trabajaremos con la hipótesis de que éstas sólo están parcialmente condicionadas por el proceso de gentrificación, que no será tanto un factor explicativo cuanto la condición de posibilidad de nuevas relaciones sociales entre la juventud.

Nuestra hipótesis es, entonces, que la rehabilitación y la rápida transformación socio-espacial de Bilbao han posibilitado, en la ciudad en general y en el barrio de San Francisco en particular, nuevas estrategias de relación con y vivencia del espacio urbano. Nos referimos a una dimensión más cualitativa de los procesos de transformación urbanística, que concierne a la relación que se establece entre la delimitación físico-geográfica del espacio y su eco en el imaginario social: el conjunto de representaciones y formas de relación entre espacio y sociedad, lo que Walter Benjamin denominó el *sensorio* de la ciudad.

Así, San Francisco, una zona tradicionalmente deprimida y alejada social y simbólicamente —que no, como ya se ha señalado, geográficamente— del

(6)

Este concepto tiene su origen en los análisis llevados a cabo en los años sesenta sobre las transformaciones seguidas en muchos barrios obreros londinenses penetrados por las clases medias. Una propuesta terminológica alternativa y una buena historia del concepto puede encontrarse en García Herrera, 2001, quien, frente al anglicismo “gentrificación” y frente a alternativas imprecisas o demasiado sesgadas como “aburguesamiento” o “aristocratización” propone acudir al concepto de “elitización”. Dada la relevancia relativa que tiene en este texto el concepto, optamos por mantener el más usual, “gentrificación”. Para el caso, hacemos nuestra la propuesta de Manuel Castells (1974), que entiende que gentrificación refiere a los procesos de “reconquista urbana”, procesos de “reorganización profunda (...) de naturaleza económica, social y espacial” (García Herrera, 2001) de las ciudades que se ven afectados por ellos.

(7)

Como ha sucedido en otros casos bien conocidos —los barrios de Chueca, Lavapiés o Malasaña en Madrid, el Rabal o el Barrio Gótico en Barcelona o, en el mismo Bilbao, el Casco Viejo—. Así se diagnostica por parte de algunas de las personas entrevistadas:

“El barrio está sufriendo una evolución. Es un barrio donde hay mucha gente mayor; luego está lo más bestial, de drogas, paro; y [luego] hay un montón de gente aquí que no tenemos muchas pelotas para meternos en una vivienda y nos hemos ido o se han ido a vivir aquí, entonces estamos creciendo con ese público (...). Es lo de siempre, es una zona completamente marginal, muy bien situada y ha ocurrido como en el resto de ciudades del mundo: zonas marginales muy bien situadas dentro de la ciudad (...) que sufren lo que es una avanzada

centro comercial y administrativo de Bilbao, se ha transformado en un espacio abierto a nuevos tipos de habitación, nuevas modalidades de ocio nocturno y a la especulación inmobiliaria. Todo ello contribuye a producir un paisaje complejo, de amplísimo espectro a nivel socio-cultural y caracterizado por contigüidades espaciales imprevistas hasta la fecha, donde comercios, en su mayoría de inmigrantes, conviven, pongamos por caso, con espacios de ocio de alta modernidad y viviendas reformadas que aparecen en las revistas de “tendencias” más referenciales y, a su vez, con una amplia red de locales dedicados a distintos movimientos sociales y a innovadoras iniciativas políticas y artísticas. En este amplio espectro conviven diversas generaciones que caben, todas ellas, bajo la necesariamente laxa categoría de juventud (9).

Un área reducida; la convivencia de diversas identidades juveniles... Eso hace de San Francisco un *espacio de posibles*. Siendo esta diversidad la que aquí nos concierne, acudimos al concepto de gentrificación únicamente en la medida en que sirve para acotar una *profunda transformación en la ocupación y en el uso del espacio* y en la medida en que indica cómo esta transformación lleva aparejadas fuertes expresiones de *creatividad social y política juvenil* que dan lugar a: (1) la *convivencia* de lo viejo (decadente) y lo nuevo (emergente); (2) la *manifiesta polarización* —económica, cultural, estética incluso— del barrio de San Francisco; (3) la *proliferación* de espacios de caracterología múltiple; (4) fuertes *tensiones sociales*; y (5) la *convergencia* de muy distintos proyectos de *ingeniería social*, política y sociológica: desde aquellos que aspiran a reconstruir espacios y actividades tradicionales hasta aquellos otros que en su dinámica gestan lugares sin marca comunitaria alguna.

Sobre estas bases, podemos afirmar que, en el contexto de la revitalización de Bilbao, San Francisco comparece como un *espacio abierto a modalidades complejas de convivencia juvenil* en el que el intento institucional y planificador de la rehabilitación (Ayuntamiento de Bilbao, 2000) no está reñido con el surgimiento de nuevos espacios de referencia en los que germinan formas de vida e identidades múltiples, muchas de ellas no previstas por aquel impulso político planificador, pero que no obstante (o quizá causa de ello) encierran un indudable potencial de creatividad política.

2. La socialidad: crisis de las instituciones sociales y nuevas solidaridades juveniles

Las transformaciones acontecidas en el barrio de San Francisco de Bilbao hacen visible un significativo momento de cambio en el que indagar, pertinente además para profundizar en las modificaciones que impulsan las nuevas generaciones. En la medida en que, como acabamos de señalar, nos encontramos ante un *espacio de posibles* es necesario atender a lo que de novedoso tiene, tanto social como sociológicamente, la *génesis de las relaciones juveniles* en el barrio de San Francisco. Es con esa intención que nos acogemos a un viejo concepto en las ciencias sociales, el de socialidad, revisitándolo para hacer de él una herramienta adecuada al análisis de la vida social cuando ésta se encuentra encerrada entre, de un lado, su *crisis* y su *ausencia* y, de otro, su *reestructuración* y su *emergencia*. Es de la fricción entre ausencias y presencia, entre emergencias y crisis, de donde emergen los proyectos juveniles que analizaremos.

progresiva de lo que es gente con pocas posibilidades y mucha creatividad y muy poco miedo porque no tiene dónde ubicarse, que va avanzando y se va creando un sitio (...). Ha ocurrido en Barcelona, Chueca en Madrid, en Sevilla en el Casco Viejo, ocurre en Bilbao, ocurrió en el Casco Viejo que está imposible de caro y ahora ocurre en [San Francisco]” (entrevista 2).

(8)
En “Another ‘Guggenheim effect’? The generation of a potentially gentrifiable neighbourhood in Bilbao”, Martínez Monje y Vicario (2003) defienden el proceso de gentrificación como factor explicativo de los procesos de transformación social que se están produciendo en la zona, reafirmando esta idea en una reedición de su artículo que se hizo para la publicación del volumen *Bilbao Acabado*, donde se recogen distintos proyectos sobre San Francisco o ubicados en el barrio.

(9)
La categoría de juventud está difuminada en la medida en que el pasaje de la edad joven a la adulta sufre un proceso de des-institucionalización. Además, esta des-institucionalización implica lo que en otro lugar denominamos fragmentación de la juventud (CEIC, 2005), que implica una proyección de la creatividad destinada a redefinir las fronteras del significado y la vivencia de lo juvenil.

La socialidad: en los huecos de la crisis de las instituciones y la ausencia de lo social

Las nuevas socialidades juveniles que están presentes en el espacio de San Francisco gestan redes y vínculos sociales que no caben en un esquema de lo social pensado como algo estructurado por las instituciones sobre las que tradicionalmente se ha articulado el orden y canalizado las identidades sociales. Lo que ocurre en el barrio nos obliga, así, a asumir la perspectiva de una *crisis de las instituciones* tradicionales, de la que los nuevos espacios de socialización juvenil en San Francisco son una muestra palpable: las referencias tradicionales pierden valor a la hora de conferir significado a lo social, dejan de ser marcadores fuertes de la identidad y el sentido. En una palabra, ya no explican la totalidad. La idea misma de una totalidad omniexplicativa es puesta en solfa. Ello no significa que las referencias tradicionales desaparezcan: perviven flexibilizando sus límites y dejando margen para un desplazamiento de los significados sociales y políticos, para nuevas modalidades de comprensión y expresión de lo social como las que representan las identidades juveniles. Pues, en efecto, si algo ha puesto en evidencia el trabajo de campo realizado con jóvenes en el barrio de San Francisco es la ausencia o la crisis de los centros configuradores del orden social como el trabajo, la religión y la política institucional (CEIC, 1999, 2005): (i) Existen escasas referencias a las instituciones que tradicionalmente entendíamos que articulaban el orden social; (ii) los términos en que se definen estas referencias difuminan las definiciones tradicionales de dichas instituciones; (iii) la socialidad no se inscribe en una lógica de institucionalización a través de cauces de participación política y movilización social; (iv) la política, el trabajo y la religión no aparecen como articuladores de los discursos y de las prácticas de la juventud.

Ahora bien, el corolario de esta crisis va más allá de la pérdida de centralidad de las instituciones para los y las jóvenes, pues entre líneas de estas ausencias se hacen presentes otras formas de sentido y de solidaridad, condensadas en las prácticas juveniles, que lejos están de agotar su sentido en la quiebra de lo instituido o en la novedad de lo instituyente.

La socialidad: reestructuración de la vida social y emergencia de nuevas formas de solidaridad

El proceso sociológico de alumbramiento de la crisis de lo social nos lleva a intuir que no sólo asistimos a un proceso de transformación institucional, sino también a *tendencias instituyentes* que desbordan la mirada más o menos convencional, poniendo en evidencia las agujetas de una sociología que se contenta con consignar ausencias. Nos referimos a una mirada que por estar anclada en una concepción limitada de la socialidad y de los espacios en las que se materializa, extremos que lejos está de problematizar, se muestra insensible a otras articulaciones de la vida social como las protagonizadas por la juventud. Resulta útil para el análisis de estas nuevas socialidades juveniles acudir a la distinción que Marc Augé hace entre los *lugares* y los *no lugares*, distinción que nos permitirá, además, asignar el espacio propio de “lo social” y “lo político”, y localizar en su afuera el que corresponde a “la socialidad” y “las nuevas politizaciones”, que constituyen las formas novedosas de acción política que recogemos en este texto. Estas nuevas politizaciones, en buena medida, apuntan a la creciente relevancia política de las relaciones sociales; esto es, a cierta *politización de la socialidad*, por contradictorio que pueda parecer esto.

La concepción convencional de lo social da prioridad a lo instituido, a lo permanente, habla de y desde el *lugar antropológico* (Augé, 1994). El lugar antropológico es, en este sentido, el lugar de la historia y la memoria, lugar relacional, de relaciones sociales; lugar, en suma, de identidades sociales de perfiles claros (políticos, religiosos, laborales, genéricos, generacionales, etarios, etc.). Esa sociología habla, en primer lugar, *del* lugar antropológico como su objeto, como espacio observable por instituido y claro en sus perfiles. Pero habla también *desde* el lugar antropológico, desde una posición imaginaria de la vida social que se muestra insensible a aquellas dinámicas que no tengan un sentido duradero. Insensible, en definitiva, a la socialidad que se despliega en los *no lugares*, que por oposición a los lugares, son ámbitos no instituidos o *desinstitucionalizados* que se caracterizan por la condición efímera, anónima y no permanente de la socialidad que se despliega en ellos.

Los *no lugares* promueven la permanencia de las relaciones entre extraños, una presencia meramente física que para quienes hablan desde la nostalgia de los lugares antropológicos anularía o nivelaría toda subjetividad. Desde una óptica centrada en lo que permanece, los no lugares se corresponderían más con una suerte de espacio vacío, sin sentido, contenedor de actividades puramente "convivenciales", perentorias; espacio inarticulado. En esencia, la experiencia de los no lugares es vista desde esta óptica como refractaria al sentido: es insignificante, no-social, no-política. Son espacios insignificantes no por estar vacíos, sino que, bien al contrario, son considerados vacíos, más precisamente, no visibles, por carecer de sentido social (Bauman, 2003). No es de extrañar, pues, que en la hipótesis de la crisis de lo social resuene el eco de las ausencias.

No obstante, desde parámetros menos deudores de lo instituido, los *no lugares* no son espacios vacíos de vida social y política sino espacios en los que, al tiempo que se hace evidente la *ausencia* de las partes más sólidas y permanentes, brotan otras presencias. Ciertamente, en los no lugares se pone en evidencia la ausencia de aquellas referencias sociales (y sociológicas) que dotaban tradicionalmente de sentido y anclaje espacio-temporal a las identidades. ¿Quiere ello decir que los no lugares no producen ningún sentido o que producen la nada como sentido?. Oír el rumor de los no lugares y captar el verdadero sentido de la crisis de lo social y lo político dependerá en buena medida de que seamos capaces de hacer no sólo una sociología *de* los no lugares, sino también una sociología *desde* los no lugares. En ellos se despliegan las socialidades juveniles en situaciones de *crisis relativa de las instituciones*, como es el caso de las que recorren el barrio San Francisco de Bilbao.

Los escenarios de la socialidad, proyectos de creatividad política juvenil

En suma, nos enfrentamos a redes juveniles diversas que se plasman en el barrio de San Francisco en escenarios múltiples, articuladas de manera compleja y de acuerdo a lógicas que intentaremos analizar trabajando desde los siguientes supuestos:

1. Que San Francisco es un espacio donde convergen escenarios de socialidad diversos, desde algunos construidos en torno a *lógicas tradicionales* a otros que encuentran su referencia en *lógicas emergentes*.
2. Que San Francisco es un espacio de posibilidades sociales para la juventud: espacio para la *invención de solidaridades*.

3. Que San Francisco es, por último, un espacio de posibilidades sociológicas, un espacio para la *intervención sociológica* y la *invención conceptual* en torno a la categoría de juventud.
4. Que San Francisco es un espacio de creatividad política en el que se diluyen relativamente las fronteras que hacían encajar la acción política en un territorio seguro y previsible —partidos políticos, asociaciones, movimientos sociales— y la disociaban de otros ámbitos de la realidad social —prácticas de ocio, iniciativas empresariales, estructuras de socialidad, gestión del espacio, etc.—, que en este trabajo hemos agrupado bajo el paraguas del término *proyecto*. Apostamos por hablar de *proyectos* sin animarnos a adjetivarlos como *políticos*. No es que no lo sean, sino que no nos parece útil la estrategia, de la que no se vislumbra cuál es su final, de asignarle cada vez que hay oportunidad nuevos significados a este viejo significante. Lo cierto es que si política es la gestión de lo colectivo, estos proyectos lo son. Pero habida cuenta de que al hablar de proyectos nos referimos a situaciones distintas (incluyendo algunas que raramente se incluirían, antaño, dentro de las cosas merecedoras de tan serio adjetivo, político, desde la construcción de espacios de ocio, hasta el diseño de espacios creativos pero con *ánimo de lucro*) preferimos no correr el riesgo de decírlas políticas. Todas de las que hablamos son propuestas, muy serias, de *recuperación de la socialidad*; en ocasiones se diseñan con la intención de liberarse de viejas ataduras, las de las *viejas* políticas incluso. ¿Sería terminológicamente justo llamarlas políticas cuando es *también* de lo político que quieren soltarse?. Y al contrario ¿sería analíticamente correcto decírlas no políticas cuando son proyectos de gestión y de construcción colectiva?. Programas de diseño de socialidades, estos *proyectos* escapan, es seguro, del radio de acción de la acepción moderna (ergo, de la sociológica) de lo político, Incluso nos atrevemos a decir que en muchos aspectos de escapan también de la acepción moderna de lo social.

Hemos acotado el análisis de la socialidad juvenil en el barrio de San Francisco a cuatro escenarios que se obtienen del cruce de los dos pares de conceptos: social / socialidad y lugares / no lugares. Los dos primeros términos de cada par corresponden a las lógicas tradicionales o decadentes de la hipótesis de la *crisis de lo social*, y los dos segundos de cada par a las lógicas emergentes o las *nuevas formas de socialidad* juvenil.

(10)

Los *escenarios* son unidades ("muestras espaciales") acotadas con una intención puramente metodológica o analítica, de suerte que se puedan analizar en ellos las relaciones sociales que tejen la vida social del barrio y a partir de las cuales se otorga sentido a los espacios sociales y las actividades en ellos desplegadas. Su construcción se apoya en otras categorías, como las de *lugar* y *no lugar* (Augé, 1993), que se refieren a la articulación y atribución de significado social a los espacios mediante el despliegue de actividades sociales, o del concepto mismo de *espacio*, que alude a una dimensión física neutra.

En lo que se refiere al primer par de conceptos, presumimos que es posible distinguir entre solidaridades asociadas a una concepción más asentada (lo SOCIAL como aglutinante de formas de solidaridad instituidas, orientadas por lógicas convencionales de construcción de sentido), de otras que indican una concepción menos cristalizada, que daremos en llamar SOCIALIDAD (formas de solidaridad no instituidas, no orientadas por lógicas convencionales de construcción de sentido). En cuanto al segundo par de conceptos, entendemos que cada uno de estos tipos de solidaridad se despliega en espacios que pueden estar vinculados a tipos distintos de relaciones sociales, actividades e instituciones, más permanentes algunas (LUGARES), más efímeras otras (NO LUGARES).

De la combinación de estos pares de conceptos nacen cuatro escenarios (10) de trabajo, cada uno de los cuales se asocia a distintos proyectos, en el sentido laxo que asignamos más arriba a este sustantivo. El análisis de estos escenarios suministrará indicios suficientes para comprender las distintas formas de entender las relaciones juveniles, las maneras de hacer uso de los espacios sociales, los diferentes sentidos otorgados a las actividades desplegadas en

ellos, las diferentes maneras de hacer y entender lo político. En suma: indicios sobre la medida en la que los usos del espacio por parte de los y las jóvenes se solidifican en relaciones sociales más asentadas o se desvanecen en solidaridades que, aunque intensas, no cuajan ni se institucionalizan.

La aplicación de estas claves de análisis al desarrollo del trabajo de campo se tradujo en la definición de cinco situaciones de estudio protagonizadas por jóvenes: (1) lugares orientados a formas convencionales de participación y/o de movilización políticas; (2) lugares orientados a formas no convencionales de participación y/o de movilización políticas; (3) lugares destinados a restaurar relaciones sociales orientadas por formas convencionales de participación y/o de movilización políticas; (4) lugares orientados a la pura socialidad, sin definición previa de la actividad y no orientados por formas, tradicionales o no, de participación y/o de movilización políticas; (5) lugares orientados a la pura socialidad, con definición previa de la actividad, y no orientados por formas, tradicionales o no, de participación y/o de movilización políticas.

Con arreglo a estas situaciones, se concretaron las siguientes tareas de campo: E1: entrevista y observación de lugares y actividades asociadas a formas convencionales de participación y/o de movilización políticas; E2: entrevista y observación de lugares diseñados con la intención de servir de cuajo para redes de socialidad orientadas por actividades asociadas a ese lugar; E3: entrevista y observación de un lugar contenedor de formas diversas de socialidad, no asociado a actividad concreta alguna; E4: entrevista, observación e identificación de los recorridos de varios agentes juveniles cuya cotidianidad transcurre total y parcialmente en el barrio de San Francisco (vecina del barrio, fiesta en una vivienda de estudiantes del barrio, recorrido nocturno por el barrio, recorrido experto por el barrio).

Los cuatro escenarios que se dibujan desde estas presunciones aparecen recogidos en el cuadro que figura a continuación:

<i>Lo Social</i>	<i>Lugares</i>	ESCENARIO 1 PLANIFICACIÓN
	<i>No Lugares</i>	ESCENARIO 2 PRECARIEDAD
<i>La socialidad</i>	<i>Lugares</i>	ESCENARIO 3 INSTITUCIONALIZACIÓN PARADÓJICA
	<i>No Lugares</i>	ESCENARIO 4 SOCIALIDAD NETA

3. Escenarios y proyectos de creatividad política: de las solidaridades tradicionales a la acción política y social desinstitucionalizada

A continuación explicaremos detalladamente estos escenarios y, a través de ellos, las dinámicas sociales que se producen entre los jóvenes en el barrio de San Francisco. Cada uno de ellos reflejará, en general, sendas formas típico-ideales de acomodo y despliegue de la socialidad juvenil ajustados en cada caso a un concepto central: la *planificación*, la *precariedad*, la *institucionalización paradójica* y la *socialidad neta*.

3.1 Escenario 1: proyectos que aspiran a restaurar las condiciones para la solidaridad tradicional

El primer escenario es el que recoge espacios sociales planificados por jóvenes desde pautas proporcionadas por lógicas políticas decadentes y viejas solidaridades. Es en un escenario *convencional* en lo que se refiere a las formas de solidaridad y al tipo de actividad que predomina en él, como también en lo que concierne a su componente espacial, que se gesta, se mantiene y se gestiona en función de una *estrecha asociación entre “tipo de solidaridad” y “espacio”*. No lo es en lo que tiene de planificación: estamos, en efecto, ante *proyectos de construcción de realidad*, ante espacios que se diseñan y planifican. Cabe entre ellos consignar muchos lugares de ocio — bares, pubs...— de reciente creación, diseñados y planificados como verdaderos “lugares antropológicos” para los distintos grupos que se quiere que se reconozcan en ellos:

“Esto [el bar] ahora es otra cosa, pero cuando pensamos en abrirlo sabíamos que no nos metíamos en un sitio marciano. O sea, la *Bodeguilla de Imanol* no era un bar al que fuera mucha peña, pero sin embargo entre mucha gente de la que hemos rulado siempre por el Casco Viejo era un local conocido” (E1)

Lugares antropológicos, en efecto: espacios gestados y gestionados bajo la protección de la idea de dar en ellos cabida a las “cosas conocidas”: viejas solidaridades, vínculos reconocibles, antiguas conexiones, de las que llamamos “políticas” incluso... Pero hay, como decíamos, una novedad importante en este tipo de escenario: la *fuerza de la planificación*, incluso de la *planificación de lo viejo*. Complejo escenario éste: articula *lo conocido* (“lo de siempre”) con la *novedad* (“cosas distintas”) y ambas cosas son cosas buscadas:

“Era la zona de ambiente marica de siempre, de Bilbo. Quieras o no ya es una zona que por lo menos cosas distintas hay y luego lo que sabíamos también es que por la parte baja de Sanfran vive mogollón de gente joven. De gente que más o menos podía ser tipo nosotros o tipo la inquietud o la sensibilidad que tenemos nosotros o parecido...” (E1)

En efecto, la referencia a las relaciones sociales tradicionales incorpora la novedad de aprovechar la condición atribuida al barrio de San Francisco de “espacio de posibles” para *planificar reflexivamente* esas relaciones sociales:

“Yo pienso que Sanfran está tirando a ser el Chueca de Bilbao, siendo mucho más pequeño y no teniendo nada que ver, pero sí es el sitio donde se mezcla la gente y no pasa nada” (E1)

Y es esto lo que nos permite introducir un primer rasgo de la caracterología de la socialidad juvenil que queremos analizar: la *PLANIFICACIÓN*, en la medida en que se diseñan relaciones sociales a partir de un imaginario espacial. Así en la cita que sigue, existe una manifiesta intención de planificar estilos de vida que, aunque conocidos —lo “vegeta”, lo “desenfadado”...—, se proponen como nuevos, para lo cual el espacio se razona y se dibuja de determinada forma. Los rasgos del barrio, mejor: lo que sucedía —eso “que se estaba viendo”— en el barrio y en una de sus calles principales —Dos de Mayo— es lo que permite pensar que estas solidaridades asociadas a referencias tradicionales encontrarán en él un lugar donde de nuevo hacerse reales, un lugar, en fin, donde planificar las condiciones donde hacerse posibles (“crear un espacio nuevo”). Acción política y planificación (reflexiva) de las

relaciones sociales, antaño dimensiones separadas por la contumacia de “lo social” y “lo político” instituidos, comienzan a entrecruzarse. La forma de la política se confunde con la socialidad. Se desinstitucionaliza.

“Queríamos un rollo vegeta pero más desenfadado, que pudiera ser un sitio de paso y que no hubiera problemas para beber, que no sea un rollo vegeta integrista, ni para fumar canutillos ni para que haya su ambiente. Lo que se estaba viendo ahí, en la zona de Dos de Mayo, es que se podía empezar a crear un espacio nuevo en Bilbao...” (E1)

3.2 Escenario 2: proyectos que proporcionan lugares a viejas solidaridades en precario

El segundo escenario que se dibuja es sólo *relativamente convencional*. Está organizado alrededor de actividades y formas de solidaridad que, pese a estar orientadas por vínculos tradicionales, se despliega en espacios que no se gestaron para ese tipo de redes de solidaridad. Espacios, entonces, políticamente no connotados, que actúan a modo de *espacios-contenedores*, capaces de envolver y proteger diferentes redes juveniles. Así, el joven propietario de un bar de San Francisco señala cuál es la impronta con la que quiere marcar su local, la de los viejos reservados, a los que se da un nuevo uso al habilitarlos como espacios flexibles, moldeables, adaptables a cualquier relación social:

“Es que a mí no me apetece tener un bar que únicamente venga el movimiento gay, no; a mí me apetece tener un sitio donde venga la gente de todo y donde la gente que venga lo haga porque le apetezca estar, no por el tipo de gente” (E3)

En cierto modo, lugares multi-funcionales, no-lugares; esto es, lugares capaces de abrazar y ser abrazados por la impronta de distintas comunidades de sentido:

“[Un espacio] donde la gente venga tranquilamente a disfrutar” (E3)

Son proyectos pensados al objeto de crear espacios contenedores. Allí —así es que se planifica— encuentran sentido diferentes grupos, juveniles o no, políticamente connotados o no. Esta pluralidad de los proyectos que dan forma a estos escenarios es lo que les dota de politicidad: el que se piensen como estrategias para dotar de espacialidad a aquellos grupos que, ya existentes, carecen de ella:

“El jueves es el día que más me gusta [nombre del local] porque, eh... mi madre los jueves suele traer a toda la gente de ella, a amigos, o del banco. Un día veías a esos señores de cincuenta y tantos, sesenta, y eso que mi madre los traía de eso ‘una copita y nos vamos’. Encantados. Y hasta las tres de la mañana convivíamos: cuatro de Bellas Artes que han aparecido porque no sé qué, mi madre con sus cuatro colegas...” (E2)

El espacio juvenil es subsidiario de *solidaridades institucionalizadas que precisan de un soporte físico, espacial, del que carecen* para dar forma a su identidad, a su proyecto. Llegado el caso, a su *política*. No hablamos, como ocurría en el caso del escenario anterior, de grupos con vocación monopolista en el escenario que ocupan, pues en éste todos asumen la necesidad de convivencia con otros. Lo que no deja de sorprender, ciertamente, cuando topamos con el hecho de que entre estas socialidades

juveniles en busca de un espacio en el que desplegarse, aparecen repetidas veces grupos cuyo nexo casa bien con lo que entendimos que era “lo político”. Aquí, estas solidaridades más politizadas topan con socialidades más efímeras y todas coinciden en el fin: *dar con lugares donde salvar la fragilidad de sus relaciones, aún sea temporalmente*:

“El público de la barra viene generalmente a tomar algo, a escuchar música y a charlar, pero a charlar de cosas súper chorronas, la gente que viene aquí es a charlar y a hablar de sus cosas. ¡Bueno!, aquí suele venir los viernes un grupo de chicos que a mí me ha sorprendido, así como de... 25, así de un estilo medio borrokilla (11)” (E3)

Así, si en el primero de los escenarios dábamos cuenta de proyectos cuyo dato fundamental era cierta planificación de las relaciones sociales, en éste tropezamos con una segunda temática: la de la PRECARIEDAD. Isaac Joseph la ha descrito bien al señalar que anomias particulares generan la necesidad de reconstituir regímenes de socialización (1988: 71); es decir, que en la vida contemporánea diversos grupos, conscientes de sus carencias, las corrigen y buscan lugares donde hacerse plausibles:

“Ahí tienes unos bares que son totalmente gays, es que ahí no puede entrar ninguna chica, no puede entrar, está claro, ahí tienes el [nombre del local] que tiene un público totalmente gay o tienes el [nombre del local] (...). Pero tienes... está el [nombre del local] donde va gente que le apetece escuchar *soul* y que le apetece escuchar música chula y el [nombre del local] que les pasa exactamente igual, en un primer momento el público era totalmente gay y ahora...” (E3)

Grupos que se sirven de espacios dúctiles y los adaptan a situaciones e intereses diversos. Así sucede, por ejemplo, en un espacio en principio tan tradicional como un piso de estudiantes. Durante una observación etnográfica de una fiesta en uno de ellos en el barrio de San Francisco, experimentamos esta plasticidad o adaptabilidad de un lugar tradicional convertido en espacio contenedor o espacio de “posibles”. Como se puede leer en el cuaderno de campo:

“Durante la fiesta, a medida que llegaban al lugar, los amigos e invitados se disponían en grupos claramente diferenciados: los ‘amiguetes’ conversaban sentados en torno a unos ‘porros’ y unas botellas de cerveza en una de las habitaciones, configurándose como un grupo cerrado a los demás participantes de la fiesta. Otro grupo era el formado por los ‘heavies’, claramente identificables por vestir pantalones ajustados, camisetas negras, pelos largos, etc. Estos demostraban en todo momento sus lazos de amistad y solidaridad de grupo. Se mantuvieron durante toda la fiesta en un solo lugar, la habitación del fondo que daba a la calle. Sólo salían de ella en busca de bebidas, que estaban en el otro extremo del piso, en la cocina. Otro grupo, lo componían las chicas de Bellas Artes y sus invitados. En la otra habitación, la del fondo del piso, se exponían unas diapositivas al ritmo de la música pinchada por uno de los ‘heavies’. Una de las habitaciones se había habilitado como improvisada pista de baile. Otro grupo lo formaban estudiantes de teatro que en su mayoría no eran del barrio. Su radio de acción era la cocina y la sala de estar”.

En todo caso, en este género de proyectos las redes de solidaridad tradicionales se asocian con nuevas categorías de socialidad, lo que comporta finalmente nuevas

(11)
Expresión que designa las características estéticas por las que son identificados los sectores de la izquierda radical vasca.

maneras de ocupar los espacios. Son actitudes que se representan a través de un imaginario que convoca las ideas de “apropiación” y “creación de espacios libres y moldeables”...

“Claro, está clarísimo que en [nombre del local] lo que está ocurriendo es que cada uno puede sacar sus propios demonios, los puede exorcizar y cada uno se siente mucho más libre, en [nombre del local] la gente es mucho más libre, a partir de que entra por la puerta, a partir de ese momento” (E2)

... de “exaltación de la diferencia y de la diversidad” como aspectos propicios para la convivencia y las relaciones. Y aunque estas actitudes se despliegan siempre en torno a un reconocimiento continuo de las redes tradicionales, lo hacen exponiéndolas en riesgo, a través de una suerte de exorcismo —probablemente necesario— para hacer del disfrute la modalidad de vivencia de lo social y el requisito para enfatizar la capacidad de elección y la producción de alternativas.

Así, estas actitudes juveniles acentúan la visión del barrio y de sus múltiples nichos como un espacio de posibilidades sociales (“el espacio es el sitio al que tú vas y estás bien”) que termina siendo tal al ser visto como el lugar de confluencia de antiguas solidaridades (“que estuviera bien todo el mundo”, “[espacios] que a la gente le dejes estar”). Son proyectos que, en efecto, se articulan sobre la idea de construir lugares de convivencia:

— Pues eso, se hace la mezcilla esa del punki, del churrero del *gaupasero* (12) y luego había gente, pues progres *guays*, pero que en ningún otro sitio se mezclaban con ese tipo de gente. Y en el [nombre del local] se mezclaban bien. Yo tenía claro que el espacio... el espacio para nosotros era importante... el espacio es el sitio al que tú vas y estás bien. Entonces nosotros queríamos que estuviera bien todo el mundo.

— ¿Cómo creas eso?

— Yo creo que es creando espacios libres, ni más ni menos. Espacios sin mucha represión, que a la gente le dejes estar. Sin marcar mucho, no sé... Yo pienso que nosotros ese tipo de cosas sí lo conseguíamos porque es eso, porque tenías una gente papeando que había de todo... había mezcillas... Podías tener a los *super-okupis* y en la mesa de al lado o sencillamente en la misma mesa corrida, pues una *cuadri* que eran estudiantes con buena pasta de mamá y papá o progres *guays*” (E1)

Viejas solidaridades en busca de lugares para salvar la precariedad; proyectos de creación de lugares que hagan posible la mezcla —“churreros”, “okupas”, “punkis”, “progres *guays*”, “estudiantes”— en espacios poco connotados, en cierto modo *despolitizados*, pequeños laboratorios que actúan, ciertamente, como espacios contenedores de relaciones sociales y adquieren así, por paradójico que pueda parecer, relevancia *política*. Es ésta una creatividad que consideramos política por cuanto trata de revitalizar el sentir colectivo juvenil en la propia acción de reinversión y apropiación del espacio. Un sentir precario que se enfatiza con la articulación de distintas formas de entender el despliegue de socialidad, y cuyo nicho de producción lo constituyen los espacios proyectados por distintos colectivos juveniles. Si en el escenario anterior eran las relaciones sociales las que se politizaban en razón de que eran planificadas, en éste es la planificación reflexiva del espacio lo que se suma al haber político de los proyectos juveniles analizados.

(12)

Gaupasero: quien pasa la noche en vela y de marcha; del euskera *Gau pasa*, pasar la noche

3.3 Escenario 3: proyectos de institucionalización de socialidades “netas”

El tercer escenario de la socialidad ya no es convencional, sino *relativamente emergente*. Relativamente, pues nace de solidaridades no tradicionales, y se despliega en lugares de fisonomía variable en los que como consecuencia de la interacción continuada termina cuajando una socialidad. Solidaridad paradójica, a un tiempo *emergente e institucionalizada* que, en la mayoría de los casos, solamente puede desplegarse y estabilizarse en espacios con una impronta tal que el cambio y la novedad se vuelven norma. En este sentido, el espacio se transforma en un espacio no convencional por ser pensado para dar acomodo a la socialidad. Son proyectos trufados de tensiones: pretenden dar lugar a lo que no lo tiene, institucionalizar lo que no puede ser:

“Ya no es un sitio donde la gente viene, se toma una copa y se larga, no, aquí la gente viene y se tira una hora, se tira dos” (E3)

“En este tipo de espacios llamémosles ‘*no pijos*’ la gente tiene menos problemas que en los bares *pijos*. Las zonas en las que hay bares de gente de mucha pinta tienen menos problemas que en las zonas *pijas* para que se dé la relación al revés. O sea tú eres el súper *hippie-punki-churrero* y te puedes ir a muchos garitos del centro y te miran mal. Y en cambio en los baretos de los *hippie-punki-churreros* no... hombre sí, si vas súper *pijo*, pues te pueden mirar así como... ‘¿y éste de dónde sale?’” (E1)

Lo que no quita que sean espacios pensados también para la transformación, la actuación y el juego alrededor de las maneras de ser y de estar. Condición de posibilidad de relaciones y expresiones de la identidad que distan de ser factibles en otros espacios, donde una marca, muy contundente, hace distinguir a la juventud estos espacios de los “de afuera”, del “exterior”:

“Lo que estamos consiguiendo es que la gente se transforme en el bar. Lo que pasa es que claro eso ocurre en el bar, pero no sé si eso influye ahí afuera, si yo en el bar entiendo que se consigue mezclar, conseguimos que la gente se mueva unos con otros” (E2)

“Hombre la gente abre la cabeza, o sea, abre la mente en [nombre del local], lo que no sé si luego eso sirve fuera” (E2)

En definitiva todas estas modalidades emergentes de socialidad contribuyen a que una parte de los y las jóvenes generen procesos de institucionalización, de un lado de las propias dinámicas que generan sobre lo novedoso, del otro de la propia institucionalización del barrio como espacio de posibles:

“Yo por ejemplo veo que... dentro de poco van a montar una sala de arte aquí, van a montar otro local aquí en [la calle] Aretxaga yo creo que esta zona se va a convertir en *la alternativa*” (E3)

“Y yo creo que lo va a estar más, yo creo que de aquí a un par de años yo creo que esta va a ser *la zona de Bilbao*” (E3)

Es ésta una institucionalización singular: tanto, que nos permite hablar de una tercera temática de la socialidad juvenil: la de la INSTITUCIONALIZACIÓN PARADÓJICA, que se traduce en esta fórmula: SOCIALIDAD (actividad social que se agota en la pura relación social) PERO DURADERA. Hablamos, pues, del que es probablemente uno de los más viejos procesos descritos por la sociología: el de la institucionalización, el de la construcción de un nosotros, de un espacio/tiempo, de un nombre común: “*fans*”, “mi mundo”...

“El [nombre del local] no tiene clientes, tiene fans” (E2)

“Sí, estoy consiguiendo que sea mi mundo, estoy consiguiendo que la vida mía se respete” (E2)

Es una forma de institucionalizar el azar; esto es, que por pura repetición la relación transmita estabilidad y permanencia. Como se lee en el cuaderno de campo, a medida que la fiesta en el piso de estudiantes (*cf. supra*) fue desarrollándose...

“En buena medida la gente que asistía al piso de estudiantes no sabía que asistiría a una fiesta: algunos fueron invitados, otros iban a buscar a otras personas y otros simplemente llegaron con sus amigos. En este sentido, nadie había organizado una fiesta. Algunos definían la situación como una reunión de amigos, otros la interpretaban como una fiesta. La definición dependía del lugar donde estuviese uno y el grupo en el que estaba, así como los desplazamientos que realizase por el piso”

Es lo que sucede con un grupo juvenil “clásico”, identificado en términos políticos —los *borrokas*— al aproximarse a determinados usos y gustos (musicales, de consumo de drogas) de otros colectivos procedentes de la cultura tecno. Esta hibridación da lugar a una nueva forma de nominación —*tecnoborrokas*— que fusiona dos referencias ya institucionalizadas en una tercera que aparenta estar estabilizada como identidad colectiva, pero que en realidad propende a la desestabilización de los referentes políticos convencionales (partidarios, ideológicos, estéticos, culturales etc.) combinándolos de forma inusitada:

“Bueno y está la zona con *borrokas*, y hay un tipo de *borrokas* que se han reciclado que les llamamos ‘*tecnoborrokas*’ que son de éstos que les gusta la música tecno y las drogas que consumen son de síntesis y entonces sí vienen a nuestro bareto” (E2)

Lo que este ejemplo refleja es la constante dinámica de producción de identidades y de relaciones a partir de categorías previas, estables, institucionales. Políticas incluso. Son identidades y relaciones que necesitan de estos arraigos para edificarse, pero que, sin embargo, derivan en significados inesperados, difusos, híbridos. Observado desde esta perspectiva es que el significado, fuerte, de un término en origen político deriva en algo que ha de ser interpretado en términos de estética, y que, desde ese lugar, permite pensar en formas de socialidad emergentes. La seriedad de lo político se transforma y deja paso a cosas no tan *serias* como las atribuidas frecuentemente por la escritura sociológica a los fenómenos que merecen ese adjetivo, el de *políticas*. No quiere decir esto que estas formas sociales, novedosas pero heredadas de significados consolidados, múltiples, tengan poca relevancia ni que sea escasa su capacidad transformadora. Por el contrario, las formas de acción propiciadas por el cambio generacional, su necesidad de reconocimiento y su redefinición de lo político favorecen la posibilidad de repensar éste y de hacerlo en términos de creatividad. Recuperando viejas, muy viejas categorías, podríamos decir que hablamos de eferescencias sin cuajo. ¿Por qué negarles la condición de políticas?.

Por eso, frecuentemente, una vez institucionalizada la novedad o fijado lo efímero, urge dar un nuevo golpe de timón para evitar el anquilosamiento. Ante una situación en la que lo provisional se vuelve permanente se

reacciona a la inversa, haciendo de lo permanente provisional y gestionando reflexivamente el carácter paradójico de toda institucionalización:

“Me ha divertido por una temporada y eso... y procuraré que haya expresión, que sea diferente, que comunique. Yo sé que al final eso va a acabar en algo comercial. Pues ya me iré a otro sitio y haré locuras en otro sitio y también se volverá comercial” (E2)

3.4 Escenario 4: proyectos de socialidad neta

La secuencia se cierra con lo que puede ser un imposible social del que, de no mostrarnos sensibles a lo que sucede más allá de lo evidente en la socialidad juvenil, habría de inferirse un imposible sociológico. Nos referimos a proyectos de socialidad que ni están apoyados en prácticas o rutinas precedentes ni se desarrollan en lugares diseñados con la intención de promover nuevas formas de solidaridad. Esta desconcertante socialidad “insociable” se agota en la fugacidad de la pura interacción y precisa para su despliegue de una particular topología: lugares carentes de cualquier marca y refractarios a toda huella social que ejercen la función de meros contenedores. Los hay. Son escenarios que contienen relaciones aparentemente no políticas y no sociales, al menos si pensamos estos dos sustantivos en sus acepciones más convencionales; que se escapan a toda fijación, esto es, que no pueden ser capturados por el arsenal terminológico de la sociología más al uso. Buena prueba de ello es que incluso la retórica habitual del trabajo de campo rechina ante ellos. Es por ello que no encontrará el lector en este epígrafe los extractos de entrevista y las descripciones etnográficas que ilustraban los anteriores escenarios. No es posible.

Lo que desconcierta al sociólogo y a sus instrumentos es que se trata de escenarios en los que se despliega una forma de socialidad fugaz, agónica, que se agota en el instante mismo en que se expresa; esto es, que limita cualquier grado de permanencia y estabilidad a su emergencia. La resultante es una *socialidad neta*. Pura emergencia, a diferencia de los escenarios anteriores y los tipos de solidaridad que operan en ellos, que respondían a distintas lógicas de lo social/instituido y de lo instituyente.

No obstante, visto de forma desprejuiciada, este cuarto escenario permite pensar en proyectos que tienen una doble dimensión: por un lado, una verdadera *invención de socialidad* y, por otro, la apertura a nuevas politizaciones. En él se manifiestan socialidades juveniles asociadas únicamente al espacio/tiempo de la interacción. Espacios, en fin, que permiten hablar de una cuarta temática de la socialidad: la de la EMERGENCIA DE MODALIDADES DE SIGNIFICACIÓN. Doble emergencia y doble reto, pues apela tanto a las formas sociales como a las categorías sociológicas que empleamos para dar cuenta de ellas.

4. Conclusiones: un repaso y tres imágenes para pensar la creatividad política en zonas urbanas en transformación

Cerramos este trabajo ocupándonos de revisar las hipótesis con las que arrancamos el estudio de las nuevas formas de socialidad de los jóvenes en el contexto del barrio de San Francisco: la “revitalización”, la gentrificación y la crisis de las instituciones. La revisión de estas hipótesis justificó proponer la idea de que entender este barrio como un *espacio de posibles* era la

condición para analizar cabalmente los proyectos que sostienen las nuevas formas de creatividad política. Sobre éstas propondremos tres imágenes: dos sobre las *posibilidades sociales* de la creatividad proyectada y planificada por los jóvenes —las imágenes del *espacio contenedor* de socialidad y del *espacio vacío* nos proporcionarán las metáforas precisas—, y una tercera que aspira a dar a los proyectos juveniles desarrollados en San Francisco el rango de las cosas con *creatividad política* —las imágenes de la *despolitización del sentido* y de las *estrategias flexibles* modelan las sugerencias de estas conclusiones—.

4.1 Revisitando la hipótesis: la transformación urbana y la crisis de las instituciones en el horizonte de los proyectos de creatividad política juveniles

En cuanto a la hipótesis de la gentrificación, el análisis ha hecho evidente que la situación por la que atraviesa el barrio de San Francisco es, al menos estructuralmente, muy similar a la de otros barrios —Chueca, Lavapiés o Malasaña en Madrid, el Rabal en Barcelona, etc.— en los que se han aplicado análisis sostenidos por este concepto. No obstante, los resultados obtenidos en nuestra investigación ponen en evidencia que, más que a un proceso unívoco y coherente de renovación de la población, juvenil o no, y de las características socioculturales del barrio, en San Francisco asistimos a un proceso complejo de *transformación en curso* cuyo aspecto más relevante es la convivencia de distintas estrategias para la gestión y el uso del espacio por parte de los jóvenes. La casuística que surge de esta transformación es amplia: circuitos gay o lésbico, bares tradicionales, restaurantes de comida internacional, espacios poco definidos... hitos todos de itinerarios variados que, no obstante sus diferencias, coinciden en un mismo territorio y se cruzan de maneras, en ocasiones, imprevistas, irreductibles, en todo caso, a las estrategias mediante las cuales se tejen las solidaridades convencionales.

Volviendo a la hipótesis propuesta, la de la gentrificación, cabría, entonces, decir que, de existir, lo hace como *condición de posibilidad de la emergencia de nuevas modalidades de construcción de sentido*, como *generadora de nuevas formas de socialidad juvenil*. No entendemos aquí, entonces, la gentrificación como la construcción de una nueva unidad de sentido —un nuevo barrio— sino como el proceso que posibilita la coincidencia en un mismo y reducido espacio, el del barrio de San Francisco, de jóvenes que actúan a lo largo de itinerarios y actividades distintas y que si bien experimentan y objetivan el barrio en cada caso de forma diferente, coinciden todos en representarlo como una suerte de “unidad múltiple” (13). La gentrificación no es, pues, un punto de llegada, sino una apertura hacia procesos que en su despliegue poco tienen que ver con ella.

En la misma línea argumental, la evidencia de estar en el barrio San Francisco ante un proceso acelerado de cambio social y urbano nos llevó a barajar la hipótesis de que la emergencia de novedades y transformaciones se debía a un cierto agotamiento de las instituciones que tradicionalmente articulaban la vida social y que, en consecuencia, podía entenderse que ésta era la causante del surgimiento de nuevas modalidades de acción colectiva. Sin embargo, si en un principio se pensó que la crisis de ciertas instituciones sociales (esencialmente, la política institucional, la religión y el trabajo) provocaba, por una suerte de automatismo, la redefinición y transformación del sentido social, más tarde se reveló como una hipótesis si no falsa, sí en todo caso insuficiente.

(13)

Así el hecho que en todos los discursos recogidos se constata la apreciación unánime de que el barrio constituye algo *distinto* del resto de la ciudad: una vez atravesado alguno de los puentes que separan el barrio del resto de la ciudad es palpable que en San Francisco las cosas no serán iguales.

En efecto, lo que se constata en el análisis de campo es la difuminación de los significados y ordenamientos sociales que producen las instituciones tradicionales; esto es, su pérdida de centralidad para la juventud. Ahora bien, el análisis no se puede agotar en la constatación de la entrada en crisis de la vieja arquitectura, la de lo *social*, y debe completarse constatando también cómo en el fondo de esta crisis subyace otra lógica, paralela a la primera pero de signo contrario: es emergente y no de crisis y se corresponde a lo que en este trabajo hemos agrupado bajo el nombre de *socialidad*, a saber, el surgimiento de nuevas solidaridades y de nuevas modalidades de significación que son netamente políticas pues se estructuran como proyectos sobre esa misma socialidad derivados de la acción misma de los y las jóvenes.

Con esta propuesta, nuestra perspectiva quiere apelar a una forma de hacer sociología que más allá de consignar ausencias trata de revelar presencias; que no se deja subyugar por las instituciones centrales de la vida social y fija su mirada en aspectos que, por más que se muestren más dispersos, menos sólidos, más fugaces y, en suma, menos institucionalizados, no dejan de tener relevancia. Es esta óptica la que nos ha guiado a la hora de elaborar nuestras conclusiones sobre la socialidad juvenil en el barrio San Francisco.

4.2 Tres imágenes para pensar las nuevas formas de creatividad política

Insistimos, entonces, en afirmar que la hipótesis de la crisis de las instituciones no alumbrá por sí sola una visión clara de los procesos de emergencia de nuevas socialidades y nuevas politizaciones, pues habla más de lo ausente que de lo presente; más de lo que decae que de lo que emerge. Es con la intención de centrarnos en lo segundo que hemos prestado especial atención a lo que de novedoso muestra la producción de significados y la creación de espacios por parte de los jóvenes en los escenarios de socialidad analizados en San Francisco.

Pero queremos asimismo ir más allá de la caracterización meramente descriptiva, cuando no voluntarista, de San Francisco como “espacio de posibles”. De lo propuesto a través del análisis de nuestro *cuarteto de escenarios de socialidad* (y de los proyectos que van asociados con ellos) puede deducirse a grandes rasgos lo que entendemos por *espacio de posibles*. Lo concretaremos dando cuenta de los que para nosotros son los denominadores comunes entre ellos, denominadores que tienen la forma de tres imágenes, las imágenes que dan sentido a las nuevas socialidades juveniles: (i) la imagen de los *espacios-contenedor*; (ii) la imagen del *espacio vacío*; y (iii) la imagen de la *despolitización de los significados*. Si las dos primeras sintetizan lo extraído del análisis de las lógicas *sociales*, las más propias *del campo*, esas que despiertan hoy en San Francisco, la última se refiere a las posibilidades *políticas* que las socialidades juveniles proyectadas en San Francisco sugieren. Unas posibilidades políticas que se enmarcan en la propia gestación de proyectos, en la creatividad como fuente de cambio y acomodo de la socialidad, y que se traducen definitivamente en nuevas formas de abordar la política desde la sociología. Ello implica que determinadas formas de acción proyectiva planteadas por la juventud, a pesar de ser consideradas como inmersas en el disfrute, no dejan de aportar significados políticos. Cada una de las acciones emprendidas para ubicar y encauzar la multiplicidad de relatos es una

acción política, una forma de entender la pertenencia y de gestionar la colectividad. Cada uno de los espacios en los que se solidifica esta creatividad son ejemplos de condensación política —evanescente, fugaz, prometedora— dignos de consideración teórica.

Entre todas estas imágenes toma cuerpo teórico la idea, nuestra conclusión en fin, que lleva a pensar en San Francisco como en un “espacio de posibles” para la creatividad política juvenil. O dicho de manera más categórica: que el ejercicio juvenil de la política requiere de espacios como el del barrio de San Francisco.

4.2.1 *Los espacios- contenedor*

Una cierta tradición nos lleva a buscar que en los escenarios de la vida social coincidan *sentido, actividad e identidad*. Impulso, probablemente, derivado de la lógica, ya lo hemos visto, propia de los viejos lugares antropológicos. Cabe no obstante pensar que espacios marcados por sentidos previamente estructurados —sentidos que les trascienden y que les explican, sentidos que parecen determinar su finalidad— sean consumidos con fines no previstos; esto es, con (y en) *otros sentidos*. Desvío de finalidades que permite pensar en ciertas expresiones cambiantes, promiscuas incluso, de la vida social; actividades anteriormente dispersas que se concentran en terrenos pensados a otros efectos; terrenos que nacen con un fin y que terminan conteniendo —y haciendo posibles— actividades con las que a priori no guardan relación.

Espacios “promiscuos” decíamos. En efecto lo son: articulan las socialidades más clásicas con nuevas modalidades de ocio o de comercio juvenil; permiten el tránsito y el recorrido de diversos grupos. Mezclan. Espacios flexibles que se definen y cambian a medida que pasa el día y de acuerdo a las modalidades de ocupación y uso que despliegan los grupos de jóvenes que lo habitan, en cada momento, constituyéndose en puntos de referencia dúctiles para los recorridos urbanos. Sólo permanecen —y son rígidos— los límites, las fronteras del territorio que contiene la socialidad juvenil; quedan los límites del contenedor, pero sus contenidos son, sin embargo, altamente variables y maleables para uso político como queda evidenciado en el análisis presentado anteriormente. Así, hemos visto cómo las formas de socialidad que habita en cada uno de los espacios se adapta, confluye, se superpone, se reivindica... según la ubicación e implicación en el proyecto que define ese espacio.

4.2.2 *El espacio vacío*

A la hora de cifrar la topología de estas nuevas formas de vivir los escenarios de lo social, el recurso al concepto de espacio como *significante vacío* (Laclau, 2000) se vuelve pertinente. Indica cómo, frente a una improbable coincidencia de *significante* y *significado* —coincidencia que remite a una absoluta estabilidad política de las relaciones sociales, a uno de esos espectaculares “lugares antropológicos”, llenos de identidad, de relaciones, de historia, en suma, de *sentido*—, un *espacio vacío* contiene relaciones sociales *equivocas* y *ambiguas*. Equivocas, pues pueden asociarse a varios significados (*ibidem*: 94); ambiguas, pues en ellas conviven y se articulan significados de maneras imprevistas, impropias incluso.

Afirmar que espacios como los analizados en el caso de San Francisco son significantes vacíos no implica definirlos como carentes de sentido para los jóvenes (14). Supone más bien definir el espacio como algo que contiene actividades diversas y que está, por eso, en permanente disputa, sujeto a un constante proceso de (des)(re)composición; el espacio es, por tanto, una suerte de campo de batalla en el que convergen prácticas, usos, actividades que tratan de hegemonizarlo y de producir un sentido en torno a él.

Espacio como espacio vacío; posibilidad, incluso, de pensar en una producción del espacio que supere el sentido que adopta la férrea oposición entre los lugares y los no lugares, entre lo permanente y lo efímero.

4.2.3 La despolitización de los significados

La sociología ha tematizado los espacios vacíos como *espacios de desecho*; espacios que resultan antipáticos a una lógica de lo social más sensible a espacios abiertos, limpios, públicos, comunicativos, plenos de sentido político y no tanto a aquellos más precarios, intersticiales, oscuros, esquivos, insignificantes, vacíos. No es, pues, de extrañar que desde semejante imaginario no se atribuya valor alguno a las formas de socialidad que se desarrollan en espacios periféricos al espacio limpio, neto, público, de la política convencional (15). Es el caso, sin ir más lejos, de nuestro cuarto escenario, impensable para una lógica social y sociológica convencional.

Es, asimismo, el caso de nuestra propuesta teórica en su conjunto, que ha procurado dar cuenta de la existencia de agentes que habitan en espacios sin sentido, o lo que es lo mismo, en *espacios sin aparente sentido político*, en espacios de los que está ausente el sentido atribuido a lo que convencionalmente se entiende por espacio público. Es aquí donde emerge uno de los rasgos más descolantes de los tipos de solidaridad juvenil analizados en San Francisco: *el necesario gesto de despolitización de los significados que se articulan sobre ese vacío en el que parecen desempeñarse*.

Un *significado politizado* implica la asociación o fijación en un contexto de uso establecido de un sentido determinado, de una significación concreta. La *despolitización* sugiere precisamente lo contrario: la desestabilización de esa asociación; esto es, que los mismos contenidos sean usados en contextos diferentes y con arreglo a otras significaciones impidiéndose, de esta manera, la transmisión directa del significado que albergaba originariamente.

Se queda corto quien asocie la despolitización a su previsible acepción (por lo demás plenamente inscrita en la lógica de la política convencional) de apatía, apoliticidad, indiferencia, etc. Que esto ocurra es síntoma de que quien conjuga la despolitización de esta guisa se encuentra varado en una modalidad inflexible o unívoca de entender la política que poco margen deja a nuevas politizaciones; insensible, además, cuando no refractario, a la creatividad política de los proyectos juveniles que hemos analizado, al ademán juvenil por la despolitización que, como hemos visto, se produce tanto en virtud de la utilización planificada de los espacios vacíos como espacios contenedores, cuanto en virtud de las acciones de quienes utilizan estos espacios.

(14)

Pues como bien dice Zygmunt Bauman el espacio vacío no es desperdicio, resto o insignificancia, sino posibilidad de encuentro: "muchos espacios vacíos no son simplemente desechos inevitables sino ingredientes necesarios de otro proceso: el de 'mapear' el espacio compartido por muchos usuarios diferentes (...). Para que un mapa 'tenga sentido', algunas áreas deben ser descartadas por carecer de sentido y ser poco prometedoras (...). Recortar estos lugares permite que los demás brillen y estén colmados de sentido (...). Son vacíos los lugares en los que no entramos y en los que nos sentiríamos perdidos y vulnerables y un poco alarmados ante la vista de otros" (Bauman, 2003: 112).

(15)

Un claro ejemplo del extrañamiento que producen estos espacios no públicos es la caracterización de las "esquinas potrosas" en el siguiente extracto de entrevista:

"Sin embargo vienes aquí, y aquí cualquier fin de semana, un viernes a la tarde, cualquier esquina potrosa es un espacio... pero es que no sirve más que para eso: para ponerte algunos *katxis*" (CEIC, 1999: 90).

En oposición a las esquinas potrosas, los centros cívicos son espacios limpios, plenamente significativos:

"Acaban de inaugurar un Centro Cívico. Ése es un espacio en el que yo creo que, con el tiempo, en la medida en que se vaya haciendo, puede ser pues un espacio grato, y puede ser un espacio donde se pueda expandir la gente un poco más" (*ibidem*: 92).

En una sociedad crecientemente desinstitucionalizada, ciertos comportamientos llevan implícita la recuperación de la socialidad, su liberación de las amarras instrumentales a que estaba en gran parte sometida. En la modernidad, la socialidad sólo adquiriría sentido si alcanzaba a la economía o a la política. Su sentido estaba, a los ojos de la sociología, fuera de ella misma. Sin duda, ese cautiverio era un etnocentrismo de la modernidad. La recuperación muchas veces obsesiva por parte de los jóvenes de la socialidad por la pura socialidad, por el placer de estar juntos, ¿no es, visto desde la exterioridad sociológica, una liberación *política* de la socialidad? (CEIC, 2005).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Augé, M.** (1993) *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.* Gedisa, Barcelona
- Ayuntamiento de Bilbao** (2000) *Plan Integral de Rehabilitación de Bilbao La Vieja, San Francisco y Zabala 2000-2004*, Bilbao
- Bauman, Z.** (2003) *La modernidad líquida.* FCE, México D. F.
- Castells, M.** (1974) *La cuestión urbana.* Siglo XXI, Madrid
- CEIC** (1999) "Institucionalización política y reencantamiento de la socialidad. Las transformaciones en el mundo nacionalista". *Cuadernos Sociológicos Vascos*, nº2, Eusko Jaurlaritz, Gasteiz
- CEIC** (2005) *Hacia una nueva cultura de la identidad y la política. Tendencias en la juventud vasca.* Gobierno Vasco, Gasteiz
- Díaz, I.** (2005) *Tr3inta.* Selección Lab, Bilbao (CD rom)
- Diputación Foral de Bizkaia** (1994) *Plan Territorial Parcial Bilbao Metropolitano: información, análisis y modelo territorial*, Bilbao
- García Herrera, L.** (2001) "Elitización: propuesta en español para el término gentrificación" *Biblio 3W. Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VI, nº 332 [acceso el 5/X/2003 en <http://www.ub.es/geocrit/b3w-332.htm>]
- Joseph, I.** (1988) *El transeúnte y el espacio urbano.* Gedisa, Barcelona
- Laclau, E.** (2000) *La guerre des identités.* La Découverte, Paris
- Rodríguez, A.** (1998) "Continuidad y Cambios en la revitalización del Bilbao metropolitano". *Ekonomiaz*, nº 41, 148-167
- Vicario, L. y Martínez Monje, M.** (2003) "Another 'Guggenheim effect'? The generation of a potentially gentrifiable neighbourhood in Bilbao". *Urban Studies*. Vol. 40, nº 12, 2383-2400.